

Conexión Queer: Revista Latinoamericana y Caribeña de Teologías Queer

Volume 3 *Microfísicas de la Vida Queer*

Article 7

12-20-2020

Sobre no parecerse a Cristo

Marcella Althaus-Reid

New College, University of Edinburgh, Marcella.Althaus-Reid@ed.ac.uk

Follow this and additional works at: <https://repository.usfca.edu/conexionqueer>



Part of the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

Althaus-Reid, Marcella (2020) "Sobre no parecerse a Cristo," *Conexión Queer: Revista Latinoamericana y Caribeña de Teologías Queer*. Vol. 3 , 142-155.

Available at: <https://repository.usfca.edu/conexionqueer/vol3/iss1/7>

This Article is brought to you for free and open access by USF Scholarship: a digital repository @ Gleeson Library | Geschke Center. It has been accepted for inclusion in Conexión Queer: Revista Latinoamericana y Caribeña de Teologías Queer by an authorized editor of USF Scholarship: a digital repository @ Gleeson Library | Geschke Center. For more information, please contact repository@usfca.edu.

Sobre no parecerse a Cristo

Marcella Althaus-Reid

New College, University of Edinburgh



Resumen

Tradicionalmente, el catolicismo romano ha postulado que Jesús fue un hombre que eligió a los hombres para seguir su misión como sacerdotes y que las mujeres no pueden representar simbólicamente la masculinidad del mesías. La Teología Latinoamericana de la Liberación tomó el modelo del trabajo de las mujeres en las comunidades para desarrollar su forma de teologizar. Las mujeres practicaban este tipo de teología principalmente por motivos de exclusión política. Por ello, el artículo explora la teología de las mujeres en torno a los temas de la ordenación femenina, teniendo en cuenta sus métodos basados en principios participativos donde las personas ocupan el primer lugar.

Palabras clave: Iglesia Católica Romana, Ordenación de mujeres, Teología de las mujeres, Teología Latinoamericana de la Liberación.

Resumo

Tradicionalmente, o catolicismo romano postula que Jesus foi um homem que escolheu homens para seguir sua missão como sacerdotes e que as mulheres não podem representar simbolicamente a masculinidade do messias. A Teologia Latinoamericana da Libertação adotou o padrão de trabalho das mulheres nas comunidades para desenvolver sua forma de teologizar. As mulheres praticavam este tipo de teologia principalmente por razões de exclusão política. Por isso, o artigo explora a teologia das mulheres em torno das questões da ordenação feminina, levando em consideração seus métodos baseados em princípios participativos onde as pessoas ocupam o primeiro lugar.

Palavras-chave: Igreja Católica Romana, Ordenação de mulheres, Teologia das mulheres, Teologia da Libertação Latino-americana.

Abstract

Traditionally, Roman Catholicism has postulated that Jesus was a man who chose men to follow his mission as priests and that women cannot symbolically represent the masculinity of the messiah. Latin American Liberation Theology took the pattern of women's work in communities to develop its way of theologizing. Women practiced this type of theology mainly for reasons of political exclusion. Due to this, the article explores the theology of women around the issues of female ordination, taking into account its methods based on participatory principles where people occupy the first place.

Keywords: Roman Catholic Church, Women's ordination, Women's theology, Latin American Liberation Theology.

Marcella Althaus-Reid

Marcella Maria Althaus-Reid (Rosario, Santa Fe, Argentina 11 May 1952 – Edinburgh, Scotland 20 February 2009) was Professor of Contextual Theology at New College, the University of Edinburgh. When appointed, she was the only woman professor of theology at a Scottish University and the first woman professor of theology at New College in its 160-year history.

Reconocimiento-NoComercial-
SinObraDerivada 4.0 Internacional



[Introducción]¹

Comencemos diciendo que, según el cardenal Ratzinger, la Iglesia [Católica Romana] es una teocracia con poco interés en proyectos relacionados con la democracia y los derechos de las personas que no están respaldadas por lo que podemos llamar «la voluntad de Dios» representada por esa iglesia. Es decir, que no hay intención de diálogo sobre muchos temas como la ordenación de mujeres, a la que siempre se ha opuesto debido a fuertes bases antropológicas.

Básicamente, en el centro de todo este tema está la cuestión de que Jesús fue un varón que eligió a varones para seguir su misión como sacerdotes, y que las mujeres no pueden representar simbólicamente la masculinidad del mesías. Esto lo digo aquí en lenguaje sencillo. En una institución que tiene el descaro de llamarse a sí misma una «ella» —la iglesia es referida como «ella» en todos los documentos oficiales y teología— y se llama a sí misma simbólicamente «una madre» cuando sus principales representantes son varones. ¡Eso es una tontería!

Sin embargo, me gustaría abordar esta cuestión desde un ángulo diferente. Me gustaría preguntar algo general tal como lo siguiente: ¿Cómo era Jesús? ¿Cómo luciría hoy? ¿Qué es esta «masculinidad» teológicamente reivindicada por la iglesia en un contexto de teocracia? ¿Y cómo somos tú y yo? Mirar/Conocer... Estas son cuestiones de identidad arraigadas en las experiencias y la cultura de la vida. Estas son preguntas biográficas, es decir, preguntas relacionadas con nuestras vidas: ¿Puede la teología ayudarnos a pensar en estas preguntas relacionadas con nuestra identidad y la identidad de Jesús? Se ha dicho que la teología es siempre autobiográfica. Es decir, siempre hacemos teología desde nosotros mismos, reflexionando sobre las experiencias de nuestra

¹ Originalmente publicado como Althaus-Reid (2000). Traducción: Hugo Córdova Quero. Traducido y publicado con permiso.

vida —y la experiencia de nuestras comunidades— y tratando de comprendernos a nosotros mismos mientras reflexionamos sobre Dios y la historia de la salvación. El mérito de esta forma de hacer teología debe atribuirse al trabajo realizado por las mujeres en la teología.

La Teología Latinoamericana de la Liberación —en su trabajo pionero durante la década de 1970— tomó el patrón del trabajo de las mujeres en las comunidades para desarrollar su propia manera de contar historias o compartir experiencias de vida. Las mujeres practicaban este tipo de teología fundamentada principalmente por razones de exclusión política. Su trabajo con las personas pobres y marginadas era a veces el único ámbito en el que tenían acceso a la reflexión teológica, ya que durante mucho tiempo la educación y los consejos teológicos no estuvieron abiertos a la presencia y la reflexión de las mujeres.

Durante los últimos 30 años, la teología ha desarrollado una visión para cimentar cada reflexión sobre Dios en las vidas y experiencias de las mujeres pobres como personas y como comunidades. De esa manera, el trabajo de *mujeristas* —o *womanists*— ha sido pionero en un estilo de hacer teología a partir de las propias historias de las personas. Esto incluye una nueva perspectiva sobre la ética cristiana que podría provenir de una reflexión crítica basada en la realidad, en lugar del conocido método que primero de todo establece principios morales generales, y luego pide a las personas que se «adapte» a ellos.

Ese método es —dicho sea de paso— el método utilizado por las ideologías y es el método del cardenal Ratzinger: el método teocrático. En el proceso de formación ideológica, las ideas siempre son lo primero y las personas lo segundo. Primero se establecen grandes principios universales y declaraciones generales sobre los valores — generalmente bajo la influencia de algunos criterios políticos y económicos disfrazados de principio espiritual. Luego se pide a las personas que encajen sus vidas en

esos principios, que ahora se presentan no como creaciones políticas, sino como «verdades originales» o la «voluntad de Dios» y, en cualquier caso, el estado «normal» de las cosas. No obstante, la vida de las personas rara vez se ajusta a estos discursos, y entonces aquellas cuyas vidas no se adaptan a estas construcciones ideológicas —ya sean principios seculares o divinos— se consideran «anormales». Sea que les llámemos «desviadas» o «pecadoras», lo triste es que cuando algunas personas no pueden adaptar sus vidas o circunstancias a las ideas de las élites controladoras, deben pagar por ello con el precio de la marginación.

En el cristianismo, el concepto de «salvación» se ha utilizado incorrectamente muchas veces para significar simplemente «adaptación» a estas ideologías políticas y sexuales. Así, la «conversión» ha significado una aceptación de las ideas generadas por los sistemas de autoridad, es decir, la conversión de los márgenes a la llamada o percibida «normalidad». Desafía lo aquello nos gustaría que nos aceptaran o la forma en que se supone que debe verse Dios. La teología de las mujeres en torno a los problemas de la ordenación de las mujeres es una teología desviada, porque sus métodos se basan en principios participativos, en el estilo de las personas primero y se oponen a la norma de la teocracia. La «anormalidad» de esta tarea es ineludible, y esta es la razón por la que los Evangelios son a veces tan subversivos, porque Jesús y sus amigos fueron los primeros en desafiar la «normalidad» impuesta por la Pax Romana, por ejemplo. Ningún varón normal se convertiría a lo que en ese momento terminaría en crucifixión.

El mensaje de Jesús fue uno de conversión a la anormalidad y desviación social del modelo imperial romano que no admitía contestación. Mi punto es que al estar aquí reunidos para reflexionar teológicamente sobre temas relacionados con la ordenación de mujeres en la Iglesia Católica Romana, estamos aquí para hacer una teología biográfica y desviada. No una teología

de adaptación —que se permita ser parte de la normalidad definida de la iglesia— sino continuar con la tradición de hacer teología que heredamos del Evangelio: subvertir la muerte para traer vida; trastornar las estructuras de la injusticia a fin de llevar la dignidad humana a la vida de las personas y ser profundamente críticos y transformadores.

Nuestras biografías están aquí, porque se trata de cimentar nuestra teología en nuestras historias de ser humanos, de ser mujeres y mujeres en la iglesia. Esto es lo que se niega y silencia en el debate de la iglesia: la experiencia de las mujeres. Por el mero hecho de ser mujeres, y mujeres que empiezan a hacer teología desde la experiencia y no desde las ideas, estamos llamadas a producir una teología desviada con un claro llamado a la anormalidad, si por normalidad entendemos el estado actual del pensamiento patriarcal en la iglesia. Este es precisamente el meollo de nuestro problema. El tema de la ordenación de mujeres en la iglesia hace que la definición de la normalidad de la iglesia entre en conflicto con la anormalidad de la historia del Evangelio.

¿Qué aparece como «normal» en el Evangelio? ¿Qué clase de varón normal es Jesús? ¿Los varones nacidos de vírgenes cualquier día se declaran hijos de Dios? ¿Los dioses se encarnan como campesinos y acaban con sus vidas asesinados en los basureros fuera de nuestras ciudades — nuestros equivalentes modernos al Gólgota del Nuevo Testamento?

Todo el Evangelio trata sobre las interrupciones de nuestra comprensión y percepción de lo normal, incluida la sexualidad. El nacimiento original de Jesús es quizás en este contexto, no lo más importante, pero sí la idea de un Dios encarnado entre las personas desposeídas, desarrollando un ministerio en diálogo con ellas y mostrando el significado de las convicciones sociales y espirituales. Si alguna vez hubo un Mesías que no parecía un Mesías, ese fue Jesús.

Fue el teólogo alemán Friedrich Schleiermacher quien dijo una vez que «la iglesia cristiana siempre está en proceso de convertirse». Este devenir implica un proceso de cambio, finales, nuevos comienzos y síntesis. A diferencia de las ideologías donde las ideas fijas e inmutables son lo primero y las personas en segundo lugar; Jesús nos muestra un modelo de Dios que no es ni fijo ni terminado. Jesús se está «convirtiendo» en Dios, en diálogo, siendo nutrido y creciendo en comunidad al margen y especialmente una comunidad de mujeres. La paradoja es que, de alguna manera, mientras Jesús todavía se está convirtiendo en lo que más entendemos sobre el significado real del proyecto del Reino, la iglesia ha dejado de crecer al obsesionarse con los modelos culturales y sexuales de una época pasada que obedece a una concepción muy particular de la sociedad.

Sin embargo, la iglesia son personas, la iglesia son mujeres, la iglesia no es un procedimiento administrativo dogmático. La ordenación de mujeres en la Iglesia Católica Romana (ICR) es un tema difícil, y crucial para las mujeres, independientemente de su afiliación religiosa. Al contrario de lo que ha sucedido en las iglesias protestantes donde las mujeres ya han sido ordenadas, la ICR no podrá permanecer igual después de ordenar mujeres sacerdotes. Esto es bueno. La iglesia no está hecha de una identidad hegemónica. La iglesia es gente indígena del Tercer Mundo, como mujeres aymaras y mayas y comunidades de personas en Gran Bretaña o en África. Las identidades de las personas son diversas pero también históricamente en transición porque las tradiciones no son estáticas. Sin embargo, si los desafíos de otras culturas y contextos sociopolíticos fuera del medio europeo de la iglesia han sido difíciles —como en el caso de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) latinoamericanas o los cultos sanadores del arzobispo Milingo— la prueba definitiva es la sexualidad.

Mi punto básico aquí es que las teologías nunca son sexualmente neutrales. La teología de la ICR es una teología fuertemente sexual, obsesionada con la regulación y el control de las actuaciones, los roles y los patrones de comportamiento sexuales de las personas. Alguien ha dicho que la teología no debería preocuparse por lo que la gente hace en sus habitaciones, pero la teología de la ICR se basa en lo que la gente hace o no hace en sus habitaciones. La ordenación de mujeres amenaza este orden sexual, porque la iglesia de la ICR ya no es su gente sino su jerarquía, que es una jerarquía patriarcal de base sexual basada en una comprensión androcéntrica particular de la vida de acuerdo con identidades predeterminadas. Es decir, los roles de género no son un elemento adicional sino constitutivo de la comprensión de ser iglesia. Tal es la magnitud de esto, que varios papas como Pablo VI y el actual Papa, han dejado muy claro que no es la Iglesia sino Dios quien se niega a ordenar mujeres.

A partir de aquí tenemos todos los argumentos en contra de la ordenación de mujeres reducidos a unas pocas cosas, principalmente a órdenes antropológicas y administrativas. La iglesia se opone a la ordenación de mujeres siguiendo una cosmología dividida entre espacios públicos y privados, disfrazados de voluntad divina. La administración de los sacramentos, por ejemplo, está relacionada con la gestión de los asuntos públicos de la iglesia —como los rituales de masas—, pero también, y más crucialmente, con el estatus legal del administrador mismo. Su representatividad en términos legales. Por ejemplo, un sacerdote es la persona autorizada para organizar áreas de normalidad y anormalidad en la vida de las personas, mediante la confesión y administración de los sacramentos.

No hay mujeres sacerdotes, pero en Brasil hay muy pocos varones afro-descendientes ordenados como sacerdotes. ¿Por qué? Porque la administración representa casi por definición un viejo orden de cosas; el administrador refleja el orden del maestro. Las mujeres y las personas afro-descendientes representan el desorden

de las cosas, los márgenes de la sociedad occidental patriarcal blanca. Es una situación sin salida, aunque los varones afrodescendientes por el hecho de su masculinidad, por supuesto, pueden ser ordenados. Es decir, puestos de nuevo en el orden.

¿Debo permanecer o me debo ir?

No hay aciertos o errores fácilmente discernibles aquí. Si el mensaje del Evangelio es básicamente sobre la dignidad humana y el derecho a una vida hecha en una relación significativa con Dios y nuestras comunidades, entonces es comprensible e incluso aconsejable irse. No se puede fomentar el suicidio. Para las mujeres que quieren y pueden quedarse —considerando que a veces no hay opciones— el punto es decidir en qué territorio establecer la lucha. En el territorio de la normalidad de la iglesia, encontramos los problemas de las tradiciones y el dogma de la iglesia. Son fuertemente patriarcales, además, representan un sistema patriarcal tan riguroso que sería difícil encontrar algo similar en cualquier otra institución, o al menos indiscutible.

La normalidad de la iglesia es, de hecho, profundamente anormal y no puede resistir las críticas. Son solo los teólogos los que han criticado la noción de las tradiciones de la iglesia como libres de valores o neutrales. Cada reflexión que proviene de las ciencias sociales y naturales nos dice que las tradiciones son el proceso de ejercicios altamente selectivos e invertidos. A veces, estas tradiciones se modifican aún más para adaptarse a alguna ideología actual, creando vínculos cronológicos falsos. Es como el Génesis en la Biblia. ¿Cuántos lectores comunes asumen que Génesis —o «En el comienzo», que es el título correcto del libro— se escribió primero, y que los supuestos sexuales y de género citados allí para varones y mujeres provienen de alguna autoridad primordial, en lugar de una sociedad donde patrones patriarcales bien establecidos hicieron entonces imaginar una «génesis» que justificaba su forma de abordar los problemas?

Voy a destacar ahora algunos trucos teológicos utilizados en este debate. Este es el primer truco teológico de los sistemas autoritarios: el reclamo de la autoridad antigua. «Se dijo en el principio» o «al comienzo» son discursos fáciles del poder, sin comprensión de Dios fuera de una autoridad divina ubicada en términos especiales y definidos temporalmente. La carta apostólica del Papa Juan Pablo II sobre la reserva de la ordenación sacerdotal solo para varones, comienza precisamente, con una génesis de autoridad: «La ordenación sacerdotal [...] desde el principio siempre ha estado reservada solo a los varones».

Por supuesto, las teólogas feministas como Elizabeth Schussler Fiorenza y Rosemary Radford Ruether han desafiado esta suposición sobre la base de su investigación histórica sobre la vida y formación de la iglesia antigua. En los últimos años, incluso las feministas judías han desafiado nuestras suposiciones sobre el papel pasivo de las mujeres en la sinagoga durante la época de Jesús, como fundamentado en ideas míticas más que en datos fácticos. La tesis de Schussler Fiorenza ha sido precisamente que la iglesia antigua era una sociedad de iguales, que luego sufrió distorsiones por influencia de otras agendas e ideologías políticas. Además, al principio no hubo ordenaciones, ya que Jesús «envió» a varones y mujeres por igual para difundir el Evangelio, pero no se entregó a las ordenaciones ritualizadas como las conocemos ahora. Por tanto, «en el principio» es un argumento insostenible, no digno de mucha discusión.

El establecimiento de una autoridad remota en un pasado idealizado es el primer truco de los discursos hegemónicos, pero no el único. Los otros consisten, por un lado, en unir hegemonía y agencia —el discurso del poder y las personas elegidas para llevarlo adelante— y, por el otro, en los supuestos antropológicos, por supuesto, subyacentes a esto. Todo esto se recoge en la carta de la *Ordinatio Sacerdotalis* del Papa Juan Pablo II, en el siguiente orden:

En primer lugar, la afirmación ya citada de la autoridad dada al principio.

En segundo lugar, el ejemplo de Cristo «ordenando» a los varones: primeramente, Cristo no ordenó a nadie, como todos sabemos por la lectura de los Evangelios. De hecho, Cristo fue un predicador apocalíptico, más preocupado por el fin de las cosas — instituciones de injusticia, religión ritualista— que por la contabilidad o los procedimientos administrativos. En segundo término, y este es un análisis más matizado, ¿se define biológicamente este uso del término «varones»? Parafraseando a William Shakespeare: «¿Es un pene lo que veo delante de mí?» ¿Las personas que van a ser ordenadas levantan sus sotanas y muestran primero sus genitales?

El uso del término «varones» es aquí una categoría, un rol de género, no una sexualidad definida. Debe entenderse en relación con la concepción jerárquica de la vida, y de la vida como un ejercicio controlador de quién es amo y quién es esclavo; quien sirve a quien; quién es el primero y quién es el segundo. Todas esas son nociones que Jesús desafía en los Evangelios según el nuevo orden previsto para el Reino. Desde esa perspectiva, la masculinidad de Jesús es ambigua. Desde esa perspectiva, Jesús no es un varón. Incluso si personalmente no puedo decir —siendo honesta conmigo misma— que Jesús fue un mesías antipatriarcal, puedo estar de acuerdo en que fue un Dios patriarcal en transición. En Jesús, Dios también está evolucionando, adquiriendo conciencia como lo hacen los seres humanos: a través de este proceso de diálogo, desafío y sufrimiento. Jesús todavía está deviniendo, todavía se está fortaleciendo, pero este es un proceso dialógico de Dios, que depende mucho de nosotras — mujeres— como de Dios.

En tercer lugar, el otro punto citado en la carta del Papa es la «autoridad viva (de la iglesia) que ha sostenido constantemente que la exclusión de las mujeres del sacerdocio está de acuerdo con

el plan de Dios para su iglesia». La «autoridad viva» es una forma curiosa de poner un poco de carne en un ejercicio de poder dogmático y administrativo. Vivir la autoridad es como decir que el discurso del maestro no ha cambiado en más de XX siglos, pero sigue vivo, viril y lo suficientemente fuerte como para imponer su voluntad. Es un discurso de virilidad preocupado por la reproducción de la autoridad a lo largo de los siglos.

Finalmente, el punto de la antropología teológica: en palabras simples, esto se relaciona con la antigua concepción del papel de varones y mujeres en sociedades divididas según funciones específicas, en entornos sociales altamente estratificados. Obviamente, diferentes culturas organizaron la sociedad y los roles de género de diferentes maneras, pero este discurso asume algunas concepciones de la humanidad como superiores a otras. Además, el Papa Pablo VI desestimó los problemas de las mujeres con respecto a la ordenación diciendo que Jesús de alguna manera actuó fuera de los dominios de la cultura y los patrones sociológicos de su tiempo. Redujo a Jesús a la categoría de un semidiós, con un pie en el Olimpo y una actitud de asentimiento pasajera hacia los seres humanos. Los Evangelios no sustentan esta versión más adecuada a la negación gnóstica de la plena humanidad de Jesús.

Debido a que los seres humanos no viven fuera de los patrones culturales y sociales, y eso es lo máspreciado de Jesús: nacido en un país bajo ocupación extranjera, criado en el exilio egipcio de sus padres, llegó a ver el sufrimiento de las personas que vivían bajo el poder del Imperio de Roma y su dios César. Los argumentos sobre sacar a Jesús de las estructuras socioeconómicas quieren darle algún tipo de neutralidad divina. Jesús fuera del orden de la sociedad significa que si las mujeres, por ejemplo, no son los bienes muebles que solían ser —al menos en ciertas sociedades— y reclaman sus derechos y la vocación de Dios en la iglesia, eso no tiene nada que ver con la iglesia que es un orden inmutable fuera de los reinos seculares de cambios y transformación. Por supuesto,

la historia demuestra lo contrario, pero como ha dicho Hans Küng, el problema no son tanto los ordenamientos como la infalibilidad. La infalibilidad es el final del diálogo.

El punto es que no se puede lograr mucho si las mujeres argumentando y discuten sobre bases bíblicas o reinterpretaciones doctrinales solo porque esto es para usar la caja de herramientas del patriarca para dismantelar la casa del patriarca, usando la famosa frase de Audré Lorde. Es toda la estructura teocrática y la concepción oligárquica de una iglesia basada en una vieja cosmovisión del mundo que divide a las personas según la raza, los roles de género y las sexualidades lo que está pasado de moda y tiene pocas posibilidades históricas de sobrevivir. No es dejar la iglesia lo que es el problema, sino trabajar por un proyecto completamente diferente de ser iglesia en el que mujeres y varones compartirán su vocación sacerdotal por la que deberíamos luchar.

Una iglesia involucrada en los márgenes de la sociedad, una iglesia en diálogo e involucrada en modelos democráticos, será una iglesia en la que seremos como Cristo. Porque en el modelo actual de ser iglesia yo no me parezco a Cristo y ustedes tampoco, si por Cristo entendemos un proyecto de masculinización que por cierto, ni siquiera representa las realidades de los varones reales en este mundo, fuera de los estereotipos medievales basados en las órdenes feudales de señores y sirvientes. Modelos que asignan roles reproductivos a las mujeres y las dividen —en palabras del Papa Pablo VI— en mártires, vírgenes y madres. Pero nos parecemos a Cristo si nuestras vidas y la propia vida de Cristo pueden relacionarse y hablar entre sí, si Cristo se trata de justicia y dignidad humana, antijerárquico, antisexista, antirracista y anticlasista. Aparte de los genitales, la sexualidad de Jesús y los roles de género muestran que nada se hereda sino que la sociedad hace a los varones y a las mujeres — iy también a los mesías!

Pero si definimos a la iglesia como una comunidad viva en diálogo con Jesús, seguimos creciendo juntos en una comprensión más profunda de la teología, la sexualidad y la misión de la iglesia. Así sí nos parecemos a Jesús, y curiosamente a las mujeres, de cuya opresión dependen todas las instituciones patriarcales incluida la iglesia, pueden verse más como Jesús que el Papa mismo y todo el sacerdocio masculino juntos. Son nuestras acciones y nuestro ministrar en las comunidades, nuestro compromiso con la justicia y la paz, lo que en última instancia demuestra quién se parece a Jesús y quién no.

Referencias bibliográficas

Althaus-Reid, Marcella M. (2000). «On Not Looking Like Christ...». *Catholic Women's Ordination* 18 (julio-agosto): pp 2-7.

